

extremos, oscilan de uno a otro. De esta laya es nuestra desdichadísima Real Academia de la Lengua.

Curiosísimo fenómeno social es el de con no oirse más que cuchufletas y rechiflas por lo de escribir *Septiembre*, *subscriber* y *obsuro*, las voces que todos, incluso los más de los que así las escriben, decimos y debemos decir Setiembre, suscritor y oscuro, vaya, sin embargo, cundiendo tan irracional inovación por toda la prensa. La periódica, que pone como no digan dueñas a la Real Academia Española si para una de sus poltronas prefiere un filólogo a un literato, dobla la cerviz a los preceptos académicos. Mas esto lo dejo para tratarlo con más espacio en otra ocasión.

El hablista aquel de marras que sabía decir de tres maneras distintas una misma palabra, y eran *porcuraor*, *percuraor* y *precuraor*, se encontraría hoy como el pez en el agua al ver que puede decirse *subscriber*, con sus adminículos paleortográficos todos, *suscriptor* y *subscritor*, que de todas estas maneras lo he visto escrito, y de todas lo trae el Diccionario oficial.

Santo y bueno que se nos recomiende el que resucitemos esas pobres *b* y *p*, muertas en la pro-

nunciación por efecto de ley natural fonética, pero ¿por qué hemos de quedarnos a mitad de camino y no escribir *siepte*, *aptar*, *escriptor* y *ebsonderse* en vez de siete, atar, escritor y esconderse, o por qué nos hemos de quedar en *subjeto* sin llegar a *subjecto*? ¡Vaya un modo de limpiar la lengua, llenándola de barreduras y espolvoreando sobre ella toda la caspa que soltó hace tiempo!

Saben los reformadores estos los tres maravadises del latín que son menester para conocer que setiembre deriva de *september*; pero ignoran, por lo visto, la ley de vida del castellano, que es cosa distinta de los textos muertos; la ley del legítimo fonetismo castellano que hizo, así como de *septem* siete y de *aptare* atar, de *septembrem* setiembre. O ¿es que pretenden, al hacernos escribir una *p* muerta, que la pronunciemos *en contra de las leyes fonéticas de nuestra lengua*, de lo que el oído y la boca no pervertidos nos lo mandan?

Y puestos a reformar, ¿por qué se le ha de añadir una hache a *armonía* y no se le ha de quitar a *henchir*, ya que obra la misma razón etimológica, porque el latín *implere*, de donde *henchir* deriva, no la tiene? ¹

¹ En esto de etimologías nada debe extrañar en la Academia que ha sancionado la parte etimológica del Diccionario

Estos disparates son atrocemente más disparatados que los del pueblo, porque los que en éste se suponen tales provienen, casi siempre, de que sigue fiel a las leyes de vida que presidieron a la formación del idioma castellano, y así, al decir *presona*, no hace sino lo que sus abuelos al hacer del latino *percontari* nuestro corriente a la vez que literario *preguntar*.

Más razón asiste al vulgo al decir *güerta*, *ca-rauter* o *doldrá* y otras cosas así, que se creen hijas de desidia, que al erudito calafateado y embreado contra el aire fresco de la lengua viva de la calle, que busca el idioma en libracos empolvados, y dice telegrama o intervalo (llanos) y escribe obscuro. Por disparate pasa *doldrá*, y no *valdrá*, *sicología*, y no *salmo*. No es cosa de defender en todo y por todo al pueblo, ni cabe negar el que la lengua viva tenga sus enfermedades y su aspecto patológico; pero éste agrava si se la cría en estufa, y, sobre todo, tanto enseña la Gramática académica a hablar y escribir correctamente y con propiedad, como enseña a digerir la fisiología.

oficial, parte que es un cúmulo tal de despropósitos, que mayor no cabe. Revela profunda ignorancia del bajo latín, profunda ignorancia de la fonética hispano-latina, y hasta la incuria de no haber consultado ni siquiera el Littré. Se conoce que es obra de algún erudito ayuno de ciencia lingüística.

Pero Grullo, sin haber estudiado ni fisiología, ni lógica, ni gramática, digiere, discurre y habla como cada hijo de vecino.

No necesita el castellano, para conservar su pureza y el sello de su abolengo, el que le planten esos caireles, y flecos, y borlas llenas de jeroglíficos; que no por vestir a la antigua usanza a un quidam cualquiera, resultaría con aire de nobleza. Sin toga vieja y remendada es el castellano latín hasta los tuétanos.

Vamos a entrar, lector paciente, en el fondo de la cuestión, en el verdadero fondo de ella. Aquí verás que no es ésta tan baladí como a muchos parece, y que esto de la ortografía no pasa de ser síntoma parcial de una dolencia general y grave; más bien de una diátesis morbosa de nuestra sociedad actual.

¿Por qué se ha de escribir y decir *inconsciente* e *incognoscible* en vez de *inconciente* e *incocnoscible*, ya que todos escribimos y decimos *conciencia* y *conocer* y nunca *consciencia* ni *cognoscer*? ¿Por qué *subscriber* y no *escriptor*? ¿Por qué *transportar* y no *transpasar*? La lógica del error nos guiará a la solución de este punto.

Hace años que vengo tomándome la paciencia

de ir anotando las faltas de ortografía que encuentro en libros y periódicos, y que no cabe achacar a los pobres cajistas; anótolas para ir luego clasificándolas y analizándolas. La mayor parte de ellas se refieren a la equis intrusa y al disloque de la hache, consistiendo en plantar una *x* allí donde no cabe ni etimológica ni fonéticamente y en dislocar la *h*, sacándola de quicio.

Respecto a la intrusión de *x* impertinente, se lee *excéptico*, *explendor*, *expontáneo*, *explotación*, *excisión*, *extrategia*, *extrangular*, etcétera, faltas en que caen personas que, si no latín, saben, por lo menos, algo de francés, y están hartas de leer *sceptique*, *splendeur*, *spontané*, *spoliation*, *scission*, *strategie*, etc., con ese líquida. Pero no haya cuidado de que estos sujetos escriban *estensión* y *estraño*, que es como lo pronunciamos la inmensa mayoría de los españoles, incluso los más de ellos. No se equivocarán—si es que eso puede llamarse equivocación—dejándose guiar de la lengua hablada por el pueblo, no por cierto.

El disloque de la hache consiste en escribir cosas tales como *alhagüeño* por *halagüeño*. Y puede añadirse la instrusión de haches impertinentes, como en *exhonerar*. Pero no recuerdo haber leído *alaraca*.

Hay erratas análogas, como es escribir *contricción*, *transicción*, *occeano*, etc., duplicando, contra toda razón, la *ce*; pero raro es el que se descuida en escribir *distracción*. ¿Qué más? He leído *intransmisible*.

La característica general de las erratas consiste en equivocarse yendo contra la pronunciación, poniendo letras que ni se pronuncian, ni deben pronunciarse. Rarísima vez se ve escrita una palabra tal como se pronuncia, aunque sea en contra de la ortografía oficial. En resolución, prefieren equivocarse contra el pueblo que yendo con él, y eso que en este caso no hay equivocación.

Bien sé que muchas de esas faltas provienen de juicios por analogía; de falsa, pero naturalísima, asimilación, y que así como el pueblo por analogía con *caiga* y *traiga* dice *haiga* y *vaiga*, así muchos escriben *excéptico* por sonarles a algo que dice relación con *excepto* o *excepción*—*explotación* o *excisión*—, por el gran número de palabras que empiezan con la preposición latina *ex*, y *extrategia* por creer que su primer componente sea la preposición *extra*. La misma falsa analogía les lleva á escribir *exhonerar*, figurándose significa privar á alguien de sus honores.

Mas la razón honda de tales errores es la de figurarse que se acierta y se muestra mayor ilustración escribiendo como no se habla; es pedantería inconciente ¹.

Por dentro de esta pedantería inconciente descúbrese la razón íntima y honda de la persistencia de tales etiquetas y ceremonias lingüísticas. Podrá parecer todo esto chinchorrerías y pequeñeces; pero mirando hondo no lo son tanto, pues en ello se revela un aspecto de nuestra sociedad, uno de los síntomas de los efectos producidos por la escisión en clases sociales que llevó consigo la de formas de lenguaje. No hay que despreciar por insignificante el fenómeno de que haya gentes que larguen equis a porrillo, porque no se crea que escriben como habla el vulgo.

¹ Pedantería es escribir *México* o *Xerez* porque en otro tiempo o en otra lengua sonara la jota de Méjico y Jerez de otro modo, porque en tal caso habría que escribir *x* casi todas las jotas castellanas. El *méxico* de los mejicanos es como el *Bizkaia* de mis paisanos los vizcaínos.

Otra pedantería es *kilometro*, transcribiendo con *k* la letra griega que siempre se ha transcrito al castellano *qu* o *c*, como en químera, químico, raquíptico, carácter, cólico, etc. Lo correcto etimológicamente sería *quillómetro*, porque *kilómetro* querrá decir «medida de burro», pero no lo que se quiere que diga, etimológicamente, se entiende.

¿Y los que en un mismo libro escriben *polyteismo* con *y* griega y *mitología* con latina?

¿Cuál es, en efecto, el principal y hondo obstáculo (¿por qué no ostáculo?) a la reforma de la ortografía?

«Si se adoptase una ortografía fonética sencilla, que, aprendida por todos pronto, hiciera imposibles, o poco menos, las faltas ortográficas, ¿no desaparecería uno de los modos de que nos distinguamos las personas de *buena educación* de aquellas otras que no han podido recibirla tan *esmerada*? Si la instrucción no nos sirviera a los ricos para diferenciarnos de los pobres, ¿para qué nos iba a servir?»

Estas reflexiones, concientes o inconcientes, expresas o tácitas, bajo pretextos especiosos, dense o no se den de ellas cuenta, se las hacen seguramente cuantos viven influídos por los sentimientos de holganza y de lujo que provoca nuestro estado social de rapiña y de privilegio.

Entre los chinos es de una exquisita elegancia el no cortarse las uñas, dejándoselas crecer y cuidándolas con cariño y paciencia; siendo la razón de esto la de que el llevarlas largas es señal de que no se trabaja con las manos, de que el elegante unguilado no necesita dedicarse al trabajo *servil*, único de que se nos ordena descan-

so, y de que puede, por lo tanto, dedicarse a hombre de rapiña. Y esta moda chinesca, símbolo, aunque al parecer insignificante, muy significativo de un sentimiento de barbarie propio de un amo de esclavos, esta moda, digo, ha arraigado entre nosotros.

No otra cosa significan, ni son más que largas uñas de elegancia chinesca, la mayor parte de las modas, maneras y usos de la *buena sociedad*, el gastar ortografía inclusive, como el gastar corbata. Son medios de que para distinguirse del pueblo *inculto* y *grosero*, mediante gestos, muecas, visajes, pendejos, cintajos, colgajos, plumajes y exterioridades, se sirven los que en nada se distinguen de él por la interioridad, los que le son inferiores en muchos respectos, y, sobre todo, en el principal de ellos, en la aptitud para trabajo socialmente útil.

¡Cuánto tiempo perdido en aprender futilidades y hasta desatinos que no tienen otro objeto que hacer al hombre *presentable en sociedad escolida*! ¡Qué años tan hermosos y qué energías tan frescas, malgastadas en dar a los sentimientos y a las ideas un mero barniz de falsa *finura*, para que no nos confundan con los pobres que gastan callos en las manos! ¡Qué martirio aquel a que se somete a los pobres niños para que no sean *ordi-*

narios, sin que por eso lleguen a *extraordinarios* jamás! ¡Qué feroz insistencia la de los padres y los maestros en torcer lo derecho y corroborar lo torcido de sus naturales instintos! Desde que, aún mamoncillo, se le está importunando para que no se sirva de la mano izquierda, hasta que se vea obligado a las veces, y aun contra su gusto, a aprender a bailar el rigodón o a jugar al tresillo, ¡qué *via-crucis* de estupideces! Y es lo peor que, una vez que ha aprendido una cosa, quiere soltarla, venga o no a pelo; quiere hacer uso de sus pendejos raídos; quiere embozarse en andrajos deshilachados, aunque no le abriguen. Tanto como se nos enseña, nadie lo hace a que sepamos olvidar, porque pocos meditan en que la ciencia verdadera se basa sobre el saber ignorar y olvidar. Los que han aprendido nuestra tradicional ortografía ¿van a desperdiciar el resultado del esfuerzo empleado en aprenderla?

Dicen los pregoneros de la ortografía fonética, que el aprender la oficial hoy, supone una gran pérdida de tiempo y de energía mental. Tanto mejor. El saber ortografía probará así que se ha podido perder tiempo y atención en aprenderla; que la madre no ha necesitado al niño en casa o en el taller; que el feliz que no se equivoca al escribir *alhaja*, no se ha visto obligado a ir de

pequeñuelo a la fábrica, a que le estrujen para alimentar con su jugo al pobrecillo que tiene que aprenderse la lista de los reyes visigóticos; que pueden darse el lujo de gastar uñas chinescas, en fin. ¡Desdichados los dos: el que cuida de la máquina y el que aprende las reglas para saber cuando hay que poner *b* y cuando *v*! Lo que redima al uno, redimirá al otro.

Hasta hoy, los reformistas sólo la han emprendido con algún brío en contra de la ortografía tradicional, en contra del latín, y de cuatro cosas más. Pero ¡cuánto reformable! ¡Qué inmensa balumba de conocimientos inútiles para la generalidad, y más inútiles aún tal y como se enseñan!

Es frecuente oír: «Debe usted hacerle bachiller; adorna mucho y da cultura.» ¿Cultura? ¿Cultura el aluvión de fórmulas muertas e ideas empedernidas? ¿Cultura al espíritu el gerundio y las oraciones de infinitivo, y de *sum*, y el polipote, y la metonimia, y *bárbara*, *darii*, *ferio* y *baralipon*, y la lista de las dinastías egipcias o de los reyes visigodos, y los motes de cuatro bicharrajos, y la descripción de la máquina de Atwood? ¡Pobre cultura la de las generaciones en cultivo!

El hombre *culto* y *bien educado* bachillerescamente, no sólo es incapaz de manejar un martillo

o un hacha, si alguna vez le fuere preciso manejarlos, sino que a lo mejor desprecia de corazón al que los maneja y escribe *ombre* sin hache.

Y el *culto*, no sólo no sabe servirse de un martillo—cosa que nada tendría de vituperable—, sino que tampoco de su entendimiento para comprender lo que el martillo significa. No comprende el *hecho* más insignificante, el verdadero hecho, el palpitante hecho de carne de la Naturaleza, el que chorrea vida, y no el miserable engendro que como tal le dan en letras de molde, llamando hechos a meros relatos de ellos. Suele ignorar que la materia de la ciencia la tiene en derredor, que se codea con ella a diario; y en el asunto de que más especialmente vengo tratando, suele ignorar que el pueblo es el verdadero maestro de la lengua; que el disparate del docto, es más disparate que el de Juan Pueblo; que no hay academias, ni gramáticas, ni erudición, ni escuelas que valgan contra la ley de vida.

¡Cuánto podría decirse acerca de todo esto! ¡Cuánto acerca de ese constante empeño que tiene el *caballero* de distinguirse del *hombre*, título el más noble!

Adoptar una ortografía sencilla y fácil, que haga imposibles las faltas ortográficas, es algo así como adoptar un uniforme. Y si no nos distin-

guimos por el traje, ¿qué será de nosotros? Si al que lleva levita, se la quitan, y con ella la ortografía y el bachillerismo, y le cortan las uñas chinescas, ¿qué queda del *caballero*? Le han quitado el caballo al caballero: queda un simple hombre.

La verdad es que si los tres maravedís de latín que nos propinan, y las reglitas para saber cuando hay que poner *b* y cuando *v*, no son una especie de uñas chinescas, no vemos bien ni para qué sirve todo esto, ni qué alimento de enjundia dé al espíritu sano.

Diciembre de 1896.

LA VIDA ES SUEÑO

REFLEXIONES SOBRE LA REGENERACIÓN
DE ESPAÑA